

V.

El ruido producido por un reloj colocado sobre la chimenea al dar las once, vino á arrancar á Lucía Aubré de sus recuerdos y á recordarla las realidades de la vida presente. ¡

—¡Qué tarde es ya! (dijo.) ¡Dios mio! ¡Qué perezosa soy! ¡Quiero verla, sin embargo, hoy mismo!

Y alargando el brazo, agitó vivamente el cordón de una campanilla escondida entre las colgaduras del lecho. Una doncella, que parecía esperar esta señal, entró repentinamente, y, dirigiéndose hacia el balcón, entreabrió las maderas.

—¡Qué tiempo tan hermoso! (dijo Leona alegremente.) Vamos, date prisa, María; prepara

lo que necesito para vestirme; quiero salir inmediatamente.... ¿Qué ramos son esos que tienes en la mano?

—Acaban de traerlos para vos.

—Dámelos.... ¡Qué hermosas flores! ¡Qué violetas más frescas!.... ¿Quién me las ha enviado?

—El señor de Nanteuil.

—¡Pobrecillo! Ha pensado en mí al levantarse. No lo merezco, pues le traté muy mal ayer noche.... ¿Y este otro? ¿De parte de quién lo han traído?

—Le han mandado con esta carta.

—¡El conde de Orchamps! ¡Siempre ese hombre!.... No sé qué hacer de estos regalos. Pon esas violetas en mi tocador; en cuanto á este otro ramo, haz lo que quieras de él, pero que yo no le vea más.

Y saltando de su lecho, Lucía Aubré empezó á vestirse.

Una hora después salía de su casa, dirigiéndose á los *boulevards*.

Al doblar la esquina de la calle de Taitbout, se encontró con Nanteuil.

—¡Oh! ¿Qué casualidad? ¿Cómo habéis madrugado tanto?—dijo Lucía, dándole la mano.

—Y vos, ¿cómo os habéis levantado tan temprano?

—Tenía que hacer algunas compras.... Me

alegro mucho de haberos encontrado; pero, decidme: ¿os habéis consolado ya?

—No; jamás.

—¡Pobre joven! ¿Pero me amáis verdaderamente?

—Sí; os amo, —respondió Nanteuil, sonriendo.

—¡Eso es desolador!.... ¿Qué habéis hecho después de haberme dejado?

—Fuí al círculo.

—¿Y jugasteis?

—Sí.

—Os lo había prohibido.

—Por eso es mayor vuestra falta, puesto que sabéis que cuando me desdeñáis no encuentro otro medio para olvidar.

—¿Habéis ganado?

—No. He perdido.

—Os está bien empleado.... Á propósito: recibí vuestro ramo.... Gracias.... ¡Adiós!

—¿No queréis que os acompañe?

—No.... Venidme á ver á las cinco.

—No faltaré.

Y se separaron.

Algunos minutos más tarde, Lucía Aubré, después de haberse asegurado de que no era seguida, hizo parar un coche, y dando unas señas al cochero, subió á él.

El carruaje pasó por los *boulevards*, y reco-

rrió después los Campos Elíseos. En este sitio, Leona, que para no ser vista había tenido bajas hasta entonces las cortinillas, ansiosa de respirar el aire libre y segura de no encontrar ninguna persona conocida en la avenida, desierta todavía, las recorrió, bajando el cristal de una de las ventanillas. Se asomó á ella. En aquel mismo instante, un caballero que descendía por la avenida al trote de un magnífico caballo, pasó junto á ella: Lucía reconoció á Orchamps, y se escondió precipitadamente en el fondo del vehículo. «¡Si no me hubiera conocido!» (pensó la joven); pero el Conde, deteniendo poco á poco la marcha de su caballo, se dijo: «¿Qué vendrá á hacer aquí á esta hora Leona? ¡Esto no es natural! Tal vez estoy sobre la pista de algún misterio. Alcancémosla, y si llego á apercibirme de que la incomodo, es señal de que tiene interés en ocultar adónde va, y entonces yo me empeñaré en averiguarlo.» Satisfecho de su razonamiento, volvió su caballo y le lanzó al galope en seguimiento del carruaje.

Cuando le alcanzó, vió que las dos cortinillas estaban perfectamente echadas. «¡Oh! (replicó): esto se hace interesante. ¿Es este el recibimiento que se hace á las personas que envían ramos? Pues no es muy fino; pero vamos á ver quién tiene más paciencia, si ella ó yo. Seguiré su carruaje hasta que se decida á bajar. Corro la

broma de que me crean un gendarme, pero ella corre el riesgo de asfixiarse. ¡Prefiero mi posición!»

Y continuó á la portezuela, trotando imperturbablemente.

Entonces Lucía Aubré, aunque furiosa, juzgó prudente disimular, y recorriendo las cortinillas y bajando el cristal de la portezuela:

—No me había apercibido. ¿Sois vos? (le dijo.) Dispensad; no os había reconocido.

—Yo dudaba (dijo el Conde); y por eso me he permitido el atrevimiento de permanecer al lado del coche; pero si hubierais tardado un segundo más, hubiera partido con mi incertidumbre: vuestras cortinillas corridas me daban que pensar, y mi discreción.... Sí, temía que....

—¿Qué decís? (preguntó Lucía.) Repetid vuestra última palabra, os lo ruego.

—Hablabá de mi discreción y de mi temor de....

—¡Ah, muy bien, muy bien! Es una buena cualidad la de pensar en los ausentes.

—¿Pero vais sola?

—Sí.

—¿Por qué demonios os encerrabais entonces tanto? ¿Es que os molestaba el sol?

—Tal vez.... Es á menudo muy inoportuno.

—Efectivamente.

—Y no sólo lo es él.

—También es verdad eso.... ¿Os gustan los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
"ALFONSO CASTELLANOS"
1970. 1925 MONTREY, MEXICO

paseos matinales, por lo que veo?—preguntó el Conde, haciendo como que no comprendía sus epigramas.

—Sí, y á vos también, por lo que parece.

—Ciertamente; sobre todo, cuando espero encontraros.

—Pues no debierais imaginároslo: esto es una casualidad.

—¡Ah! La casualidad no existe más que en el juego, y todavía, aun en él dudo de ella.... Sé que á menudo recorréis este camino.

Ignoraba si lo que decía era cierto; pero se había acordado de esa astucia tan usada, que consiste en afirmar lo falso para descubrir lo verdadero, y, en efecto, obtuvo con ella éxito, porque Leona, palideciendo, balbuceó:

—No, yo os aseguro.... Venía solamente á pasearme.

El Conde, que la había observado atentamente, sonrió. Esta sonrisa hizo comprender á Leona la astucia de que se había servido y la indiscreción que ella había cometido. Despechada por haber sido descubierta, impulsada por la repulsión que le inspiraba el Conde, no tuvo fuerzas para disimular, y con su franqueza habitual, exclamó:

—Me incomodáis, y ya os lo he hecho comprender bien. ¿Para qué vais á seguir galopando á mi portezuela? Vuestro caballo me

impide ver.... Tened la bondad de retiraros.

—Esa era mi intención,—dijo el Conde con su imperturbabilidad habitual.

Y saludando, se alejó rápidamente.

En cuanto se marchó, Leona bajó el cristal de la parte anterior del carruaje, y dirigiéndose al cochera:

—No vayáis donde os he dicho (le dijo): volved á subir al paso la avenida.

Desconfiaba tanto del Conde, que juzgó necesaria esta precaución. En efecto: Orchamps había adivinado hacía largo tiempo, con un tacto especial para esta clase de cosas, que en la vida de Leona existía algún misterio, y había resuelto descubrirle, ya porque con él pensara vengarse de los desdenes que Leona le había hecho, ó ya porque creyese que siempre es conveniente á las personas desprovistas de preocupaciones y de escrúpulos, conocer los secretos de otro para aprovecharse de ellos cuando se presente una ocasión oportuna. Así es que, fijo en esta idea, y haciendo como que continuaba su camino, seguía con los ojos el carruaje de Lucía Aubré. Vió, pues, que al llegar al Campo del Triunfo volvió á subir los Campos Elíseos, y comprendió que mientras él se encontrara por allí, si Leona tenía interés en ocultarse, no volvería á tomar la verdadera dirección. Era preciso ver sin ser visto; y para

llegar á este resultado, se dirigió rápidamente hacia una casa en que era muy conocido; á la casa de un tratante en caballos, y entrando rápidamente en el patio, llamó á un pequeño *groom* de aspecto inteligente, que se ocupaba en pasear un caballo.

—Toby (le dijo): ¿ves aquel carruaje que va por allí?

—Sí, señor Conde; el caballo es un viejo *pur-sang*, que ha sido nuestro en otro tiempo.

—Pues bien; yo deseo saber adónde tu *pur-sang* conduce su carruaje, y para que lo averigües, toma estos cinco francos, con los cuales puedes beber en el camino. Si vienes antes de las siete á buscarme á mi casa, y me dices que has averiguado dónde ha conducido el carruaje, te daré un luis. ¿Entiendes?... Una hermosa pieza de veinte francos.

—Con mucho gusto; pero, ¿qué dirá mi amo?

—Haz lo que te digo, que yo le hablaré; pero anda de prisa.

—Bueno, ya voy; de una carrera me pongo delante del carruaje, y así iré todo el resto del camino. Cuando se quiere seguir, se debe preceder, y de esa manera nadie se fija en el que espía.

—Este muchacho es indudablemente muy

listo (pensó el Conde, mirándole alejarse), y con seguridad sabré lo que deseo saber.

Después de haber hablado algún tiempo con el amo de la casa, se dirigió tranquilamente hacia la avenida, recorriendo después los *boulevards*.

VI.

Quando Lucía Aubré vió que el Conde había desaparecido, mandó al cochero que fuera adonde en un principio le había ordenado, sin fijarse en el pequeño *groom*, que trotaba tranquilamente, como si paseara el caballo. El carruaje atravesó *Boulogne* y *Saint-Cloud*, deteniéndose hacia el medio de *Ville-d'Avray*, en el camino que conduce á *Marnes*.

—¿Es aquí adonde queráis bajar, señora?— preguntó el cochero inclinándose en su asiento.

—Sí,—dijo Leona, que echó pie á tierra.

—¿Queréis que os siga con el coche?

—No, esperadme hasta que vuelva,—replicó la joven.

—¿Por qué (pensaba el cochero) se habrá bajado aquí? ¡Qué caprichos tienen estas mujeres!

Pero fué distraído de estas filosóficas reflexiones por uno que le dijo:

—Buenos días, camarada.

Era el *groom* que había seguido al carruaje.

—¿Sois vos? (dijo el cochero.) ¿Tenéis, pues, que hacer aquí? Os he visto siempre delante desde que salimos de París.

—Sí; estoy paseando este caballo, que es de un señor que vive cerca de *Etangs*.

—¡Es muy bonito!

—¡Oh! Pues el vuestro no valdría menos hace tres ó cuatro años (exclamó Toby). ¡Era un magnífico caballo y de una sangre!...

—Por lo que veo, le conocéis muy bien, amigo mío: y, en efecto, de seguro era necesario buscar con un candil para encontrar otro parecido.

El *groom* se había captado por completo la confianza y las simpatías del cochero.

—Decidme (replicó): ¿es vuestra parroquiana aquella que se ve allá abajo?

—Sí.

—¿Por qué no la seguís?

—Porque me ha mandado permanecer aquí.

—¿Pero os ha pagado ya?

—No.

—¿Y no sospecháis que puede?...

—Sí, sí lo sospecho. ¡Me han engañado tantas veces!... Sin ir más lejos, el año pasado estuve

esperando cinco horas á una mujer muy guapa, y nunca la he vuelto á ver. Me hizo perder quince francos de una sola vez.

—¿Pero el amo no os los cobraría?

—¡Qué tontería! ¡Ya lo creo que me los cobró! Me dijo que así andaría más listo otra vez y conocería en la cara á las gentes que fueran unas bribonás.

—¡Vaya una porquería!

—¡Ya lo creo que lo es! Otro día pedí á un señor que me mandó esperarle, que me pagara antes, y, efectivamente, así lo hizo; pero extrañándole y creyéndose ofendido, en cuanto salió me mandó conducirlo á casa de mi amo, diciéndole, al verle, que yo le había tomado por un ladrón, por lo cual mi principal me puso á la puerta de la calle... De suerte que ahora corro el riesgo de que no me paguen; pero ¿qué queréis que haga?

—Pues bien: esta vez yo no estaría tranquilo, porque es muy raro eso de dejar el carruaje en medio de este camino.

—Tenéis razón.

—Oid: me parecéis un buen hombre, y voy á haceros con gusto un favor: no tengo prisa; tened mi caballo, y voy á seguir á vuestra cliente, que de esta manera no podrá quejarse de que queréis enteraros de adónde va.

—Es una excelente idea (dijo el cochero muy

reconocido): gracias, camarada. Cuando la hayáis visto entrar en alguna parte, ya podemos estar tranquilos, y beberemos un trago á nuestro gusto; yo pago.

—Acepto, y me marcho, porque creo que va á torcer á la derecha.

Durante este tiempo, Lucía Aubré, sin haberse apercibido del coloquio de que era objeto, se había tranquilizado por completo, y alejando de sí toda preocupación y temor, marchaba ligera, dichosa, pisando alegremente las amarillentas hojas que, arrancadas por el viento, caían sobre el camino, y respiraba con placer aquel aire fresco impregnado de los olores de los bosques próximos, sonriendo ante el recuerdo de un placer al que se acercaba á cada paso que daba.

VII.

Después de haber caminado durante un cuarto de hora, y de haber dejado detrás de sí las últimas casas de campo de *Ville-d'Aray*, tomó el camino transversal que conduce directamente á *Marnes*, encontrándose bien pronto enfrente de una casita de modesta apariencia, pero muy elegante y alegre, perdida en un recodo del camino y aislada en medio de él. Leona empujó la puerta, y entró en el patio, sintiendo latir su corazón con tal violencia, que la fué necesario detenerse para respirar. Entonces la apercibieron los de la casa. Una mujer de unos treinta años, alegre, cortés, vestida como una lugareña rica, acudió á su encuentro.

—¡Ah! ¿Estáis ahí, señora? (exclamó.) Dudaba veros hoy....; pero ¿cómo estáis tan pálida?... ¿Qué tenéis?